

## ZAPATA VIGENTE<sup>1</sup>

Juan Agulló<sup>2</sup>

“Los socialistas no mueren, se siembran”.

Este epitafio, pronunciado por un contemporáneo de Emiliano Zapata, embona con el motivo por el que, hoy, estamos aquí: la herencia política del General.

Y es que, aunque Pablo Iglesias (fundador del Partido Socialista Obrero Español y contemporáneo de Zapata) probablemente nunca escuchara hablar del Caudillo de un ejército remoto y aunque Zapata nunca fuera, oficialmente, socialista; nuestro General, muriendo, se sembró y su imagen pervive, indeleble, en la memoria colectiva.

Su figura enraizó muy hondo, muy profundo, muy entraño.

Y si no, por favor explíquenme qué hacemos aquí reunidos, 92 años después de su muerte, evocando su figura, su imagen y su ejemplo en uno de los salones más elegantes y representativos del Congreso de la Unión...

Zapata forma parte del patrimonio político y simbólico de los mexicanos pero, también, del de los latinoamericanos e incluso, desmiéntanme si yerro, del de la izquierda internacional. Por eso merece la pena regresar, de vez en cuando, a sus raíces; a su figura; a su obra. Zapata es un personaje estratégico. Por eso hay que seguir interrogándolo.

Pero tampoco se trata de cuestionarlo de cualquier manera, a cualquier precio: la idea es dilucidar los porqués; no seguir constatando una y otra vez hechos que, casi todos, ya conocemos.

Zapata no solo fue importante por su bigote; por su sombrero; por su caballo o por su carabina. Su imagen cuenta, pero no determina.

Zapata trasciende su época y su entorno porque siempre estuvo enraizado a su tierra y porque, con su proceder, inauguró eso que los sociólogos llamamos *discursividad*.

-Pero ¿qué es *discursividad*?

Pues un punto político de referencia que permite e incluso, canaliza (a modo de caleidoscopio) el desarrollo de muchos otros discursos (y prácticas políticas) tan plurales y tan diversas que en los casos más extremos pueden llegar a ser contradictorias entre sí e incluso contradecir a la versión original.

(De esto, por cierto, en México -y en América Latina e incluso en la vieja Europa- sabemos mucho. ¿Cuánta gente se ha enrollado, a lo largo de la historia, en la bandera de Zapata? ¿Cuántas imágenes tuyas hemos visto aparecer hasta en los lugares más insospechados? ¿Cuántos discursos huecos? ¿Cuántos sombreros-souvenir?).

¡Viva Zapata! sinónimo de dignidad y de rebeldía.

La clave radica en escudriñar en la originalidad del General porque, en realidad, la dignidad y la rebeldía ya se habían inventado antes de 1910. Dicho de otro modo ¿Porqué recordar a Zapata y no a otros?

Pues, para empezar, porque lo que el Caudillo del Sur logró catapultar fue una estrategia autóctona, ligeramente diferente al socialismo y al leninismo, de contraposición al liberalismo y en última instancia, al capitalismo, supuestamente, modernizador.

Hacer la Revolución no es hacer, siempre, la misma Revolución.

Para Zapata, de hecho, no se trataba tanto de alumbrar una sociedad nueva, utópica y sin clases, como de volver a las raíces. Pero ¿a qué raíces?

---

<sup>1</sup> Conferencia pronunciada el lunes 8 de agosto de 2011 en el Salón de Legisladores del Congreso de la Unión de los Estados Unidos Mexicanos en el marco de las celebraciones con motivo del 132 aniversario del nacimiento del General Emiliano Zapata (México DF).

<sup>2</sup> Sociólogo y periodista. CELA-UNAM. [geoibero@gmail.com](mailto:geoibero@gmail.com)

Pues a las de un montón de viejos títulos de propiedad de la época colonial.

(Un inciso para una anécdota: una vez, un periodista gringo le preguntó a Zapata: -"pero usted, ¿por qué lucha?" y el General, blandiendo un legajo de viejos títulos de propiedad colonial, ya apolillados, le espetó, con parquedad y simpleza: "por esto").

"Esto" es una forma de organización social, de carácter comunal que, antes, ya había existido en México. La palabra clave son los *Calpulli* precolombinos que, durante la Colonia, lograron sobrevivir como *Pueblos Libres*, gracias a la vieja figura jurídica castellana del *Cabildo*, nacido al amor de *Comunidades de Villa y Tierra*.

(- Se preguntarán ustedes ¿Y qué fueron las *Comunidades de Villa y Tierra*? Pues una de las experiencias más curiosas, bonitas e intencionadamente desconocidas de la Edad Media española. Surgieron de la necesidad que -en el contexto de la *Reconquista*- tenían los reyes cristianos de repoblar -y gobernar- grandes áreas áridas o semi-desérticas como La Mancha. Como la nobleza codiciaba las áreas agrícolas más ricas -habitadas en ese entonces por musulmanes- el control de las regiones más pobres pero en su momento estratégicas, de frontera, le fue concedido... a los villanos, a los colonos, a los campesinos que, como comunidad, no solo tenían derecho a explotar las tierras comunales sino a disfrutar de todas las prerrogativas políticas -como, por ejemplo, portar armas o administrar justicia- de las que solía disfrutar la nobleza. La clave está en que ellos ejercían colectivamente sus fueros por lo que, ya en pleno siglo XII, tendían a organizarse democrática y no jerárquicamente por medio de los *Cabildos*).

Algo de eso, enriquecido por el mestizaje y desde luego, por la vieja experiencia de los *Calpulli*, también hubo aquí en México hasta que, el reformismo Borbón y el liberalismo decimonónico lo aniquilaron mermando, primero, sus facultades de autogobierno y poniendo en el mercado, posteriormente, las viejas tierras comunales (es decir, los *ejidos*).

Toda una cosmovisión enraizada en el alma del campesinado mexicano pretendió ser borrada de la faz de la tierra en apenas dos siglos: entre la promulgación de los Decretos de Nueva Planta, en 1719 y la Revolución mexicana, que estalló en 1910.

Los *Pueblos Libres* (sobre todo, los de *Indios*) seguramente nunca habían sido el paraíso pero, hace cien años, cotejados con el liberalismo imperante, permitían avizorar una forma de vida equilibrada por la que merecía la pena luchar. Retomar el hilo, volver al equilibrio, buscar la salida...

Zapata asumió el reto.

Pero ¿de qué equilibrio se trataba? Pues en realidad, de varios.

Para empezar, por ejemplo, de equilibrios productivos: en los *Calpulli-Pueblos Libres* cada quién tenía derecho a vivir de su trabajo garantizando, con ello, formas locales y colectivas de seguridad alimentaria. La libertad, gracias a una combinación de esfuerzo individual y de gestión colectiva de los recursos. De la tierra a la libertad, ejerciendo la soberanía. Muy simple.

Había, además, otra forma de equilibrio a la que, en aquella época, no se le prestaba tanta atención como ahora y que, sin embargo, no resulta irrelevante: "Esto" también se refería a un equilibrio ecológico; a un respeto infinito, casi sagrado, hacia el medio ambiente, basado en una armonía cuasi idílica entre el ser humano y la naturaleza. La tierra, se respeta.

Otro equilibrio a considerar era el político: los *Cabildos*, a nivel local y las *procuradurías*, a nivel intermunicipal, discutían hasta la saciedad -asambleariamente, diríamos hoy- problemáticas comunes que atañían al conjunto de los pobladores. Se trataba de reuniones que recordaban a los viejos *Teachcáu* [consejos de ancianos: que tenían capacidad de orientación, no de decisión] y *Tequitlatoques* mexicas [una especie de *Cabildos* precolombinos, con capacidad ejecutiva] en las que la dialéctica y el consenso se contraponían al autoritarismo inopinado y despótico, típico de los ranchos. Paradójicamente, dicho modelo garantizaba altas dosis de lo que, hoy en día, los

neoliberales, llamarían Gobernabilidad. Y eso se lograba gracias a que, en la tierra, mandaba el pueblo: soberanía popular, realmente ejercida.

Para terminar de cerrar el círculo, la última gran forma de equilibrio que garantizaban los *Pueblos Libres*, era el sociocultural. General, aunque no exclusivamente, por la vía de la religiosidad (y no, necesariamente, de la religión) solían generarse estructuras de poder, informales y paralelas (las famosas cofradías, de origen andalusí) que funcionaban, ora como instancia legitimadora del poder constituido, ora como contrapoder, ora como refugio último. La religiosidad siempre fue un regulador sociocultural que contribuyó a zurcir tejidos sociales equilibrados.

Y en la cima, el cemento que siempre amalgamó los cuatro grandes equilibrios a los que acabamos de referirnos: la escuela, como instancia de socialización de los niños y niñas (aunque no exclusivamente: también acudían los adultos) en los valores productivos, ecológicos, políticos y socioculturales a los que la Revolución, en la Comuna de Morelos, llamaría -no por casualidad- *Asociaciones para la Defensa de los Principios Revolucionarios*. Se trataba de enseñar, no de adoctrinar: aprendizaje significativo, intercambio educativo con el que, los maestros -que en tan gran número participaron en la Revolución- también aprendían.

Una retroalimentación que nunca terminaba: los maestros aprendían del pueblo, de la masa, del campesinado y devolvían lo aprendido, socializando a las generaciones venideras en un carrusel sin fin.

En un contexto así, de valores compartidos ¿qué era la justicia? O expresado al revés, lo percibido como injusto.

Sociológicamente hablando, no cabe duda: el mecanismo o *dispositivo* que interpelaba a la dignidad del ser humano, desencadenando la rebeldía. Muy *zapatista*.

La pregunta, entonces, suena lógica: ¿y qué interpelaba hace cien años, a comienzos del siglo XX, la dignidad de personajes como Zapata? Pues la ruptura, más o menos virulenta y unilateral, de los equilibrios productivos, ecológicos, políticos y/o socioculturales a los que acabamos de referirnos.

Aunque desde siempre, incluso en la época mexicana, los *Calpulli-Pueblos Libres* habían convivido con formas institucionalizadas de injerencia externa (el *Tecuhtli* azteca que, durante la Colonia, se convertiría en el *Comendador*) desde mediados del siglo XIX, el capitalismo *modernizador* estaba comenzando a dinamitar sin contemplaciones, no ya los equilibrios, sino una forma de vida, una cosmovisión compartida.

Y eso fue lo que interpeló la dignidad de Zapata y de los combatientes de su Ejército del Sur, haciéndoles sentir que una enorme injusticia estaba siendo cometida contra ellos, contra el modo de vida y la concepción de la misma que los campesinos, habitantes de los *Pueblos Libres*, habían heredado de sus antepasados.

Por eso se rebelaron Zapata y los suyos, por eso se pronunciaron, por eso redactaron el *Plan de Ayala* y tomaron las armas, disponiéndose a luchar hasta la muerte: había contra quién hacerlo pero, sobre todo, por qué hacerlo...

El objetivo -como quedó demostrado durante los años de reflujo de la actividades bélicas- era una forma de vida tangible, concreta, precisa, en la que los equilibrios podían (y debían) volver a entroncar con la realidad cotidiana de la gente.

Y eso es, precisamente, lo que hizo a Zapata diferente de otros líderes revolucionarios. El General sabía perfectamente lo que buscaba, lo que deseaba, lo que anhelaba su pueblo. Zapata fue, ante todo, un gran traductor. Para él se trataba, sobre todas las cosas, de restablecer, mejorándolo, un viejo equilibrio; un estado de cosas que, de todos modos, nunca había podido desarrollarse por completo, sin cortapisas: ni con los españoles ni, tampoco, con los mexicanos.

La idea de fondo no apuntaba, en definitiva, a una subversión del orden establecido para profundizar en la *modernización* capitalista, como muchos de los coetáneos de Zapata (como por ejemplo, Carranza) pretendían de forma más o menos consciente. Más de lo

mismo aunque con apariencia (y discurso) diferente, no. Modernidad desestructuradora de los equilibrios sociales y de las relaciones de fuerza, no.

Sin embargo, tampoco se trataba de promover una ruptura estructural (*liberación* en términos de la época) que diera lugar a una sociedad sin clases; con o sin *dictadura del proletariado* de por medio. De utopías abstractas, que apenas podían ser comprendidas por su gente, nada.

(Otra anécdota. Una vez a Zapata le preguntaron, capciosamente, por el comunismo. El General respondió que no sabía lo que era eso y cuando se lo explicaron, haciendo referencia a la colectivización forzada de tierras, el General espetó en seco: - “si esos vinieran, me los fusilo”).

Menos aún, en Morelos, se trató de simple pillaje, al estilo del cantado y celebrado Heraclio Bernal. En el zapatismo nunca hubo bandolerismo. Hubo ideas, hubo propuestas, hubo contenido político concreto. Mucho más que reacción.

La clave del asunto, el meollo de la cuestión, es que Zapata inauguró una ética y una praxis; una forma de pensar lo posible y de hacerlo realidad que, al igual que en otros casos, tomaba fuerzas de la indignación, del sentimiento de injusticia y lo contraponía al liberalismo. Zapata hablaba de cosas concretas, tangibles, conocidas.

Precisamente por eso, el General, inauguró una *discursividad*, una forma de decir y de hacer por la que es recordado y celebrado. De hecho, aunque el zapatismo hunde sus raíces en una tradición ancestral y mestiza no es, exactamente, un producto derivado de la misma; el zapatismo siempre tuvo un plus, un componente adicional, un valor agregado que es el que le caracteriza y le hace original a ojos de todos.

El zapatismo es un retorno a las raíces por la vía -y ahí está el *quid*- no solamente del “redescubrimiento” sino de la “actualización”. Michel Foucault, cuando -al hablar de la *discursividad*- se refiere a la “actualización” la define como “reinserción de una concepción pasada a un discurso contemporáneo”... y eso es, precisamente, lo que fue el zapatismo: la recuperación, actualizada, de los equilibrios que caracterizaban a los *Pueblos Libres*, como alternativa al liberalismo.

De ahí su vivacidad, su agilidad, su concreción y en última instancia, su grandeza.

El zapatismo fue un movimiento enraizado y al mismo tiempo, profundamente democrático. Ni vendió cuentas de cristal ni hizo castillos en el aire: siempre se caracterizó por tener los pies en el suelo.

Tanto que, dentro y fuera de México, posibilitó miles de discursos y prácticas que se legitimaron, inspiraron o justificaron en parte o en todo de una experiencia única en la historia de México: la Comuna de Morelos.

Hoy, aquí, para hablar de la vigencia de Zapata, no vamos a hacer una relación de esas influencias explícitas. De sobra sabemos cómo influyó el zapatismo en la formación de la ideología nacional-revolucionaria que, todavía, sigue presente en el tuétano del ideario político mexicano. También, que la experiencia de Zapata influyó en personajes latinoamericanos de la talla de Augusto César Sandino, Jacobo Arbenz, Víctor Raúl Haya de la Torre o el MNR boliviano, entre otros muchos.

De lo que aquí se trata es de comprender su vigencia... y su vigencia actual -iconografía al margen- es implícita. Zapata sigue legitimando luchas, rebeldías, resistencias pero, en muchos casos, no porque reivindicaciones como las contenidas en el *Plan de Ayala* tengan sentido para aquellos y aquellas que siguen sin rendirse al todopoderoso de turno sino porque la *discursividad* zapatista, su sentido hermenéutico; ese oponerse al poder establecido con el arma, invencible, de la dignidad; con el convencimiento moral de que otro mundo es posible porque ya es (o ha sido) real (o al menos, medio real), sigue funcionando.

Actualmente, ya no se trata de cabalgar, tocado, a lomos de un caballo blanco sino de canalizar el sentimiento de injusticia que se apodera de muchos, cuando sienten que los

viejos equilibrios políticos, sociales, económicos y ecológicos están siendo dinamitados por la apisonadora neoliberal.

Por poner tres ejemplos concretos e incluso lejanos entre sí -geográfica y culturalmente- hay algo que inserta a los campesinos *sin tierra* brasileños; a los *indignados* españoles y a los *piratas* informáticos de todo el mundo [la palabra no es precisa, pero hay que llamarlos de alguna manera] en la *discursividad*, en la lógica, en el acervo rebelde inaugurado por Zapata.

En los tres casos, el mecanismo movilizador es el mismo: la sensación de ruptura de un equilibrio preexistente genera un sentimiento de injusticia que termina siendo el motor de una rebeldía cuyo hecho diferencial radica en una autoridad moral difícilmente rebatible. Lo atestiguan las miradas de los jornaleros brasileños, de los desempleados españoles y de aquellos y aquellas que creen en la libre circulación del conocimiento. Unos portan retratos del General y otros, quizás, apenas han escuchado hablar de él pero, todos, comparten formas de lucha que huyen de la modernización desarticuladora, de la utopía imprecisa y de la acción aislada y que, por ende, tienen que ver más de lo que ellos mismos creen y probablemente, más de lo que le parece al público en general, con Zapata; con el genio y la intuición del General.

Todos quieren cambios concretos, precisos, verdaderos y todos aportan pruebas de que, las cosas, pueden hacerse, siempre, de otra manera. No faltan alternativas sino que, de lo que suelen adolecer nuestros gobernantes es de imaginación y de valentía, es decir, de una forma alternativa de pensar el mundo.

Porque es posible repartir las tierras entre aquellos y aquellas que las trabajan; ahondar en la calidad democrática de sistemas, presuntamente democráticos que -como no se cansa de denunciar el dirigente del MST, Joao Pedro Stédile- “exilian al pueblo de la política”; también es realmente posible luchar contra la corrupción e incluso, eliminar los latifundios tecnológicos y las trabas para el conocimiento que, éstos, suelen implicar.

El liberalismo (ahora llamado *neoliberalismo*) tiene una lógica, tiene un sentido, tiene una estrategia. Existen diferentes formas de combatirlo. La zapatista es solo una de ellas, la inauguradora de una forma de lucha que funciona sobre la base de espíritus indignados y de una voluntad, férrea, determinada, de buscar alternativas, siempre, a partir de un respeto, casi sagrado, por la colaboración, por la equidad, por la cohesión.

“No hay justicia al respetar leyes injustas. Es hora de salir a la luz y en la gran tradición de la desobediencia civil, declarar nuestra oposición a este robo”.

¿De quién creen que es esta frase, de Zapata? Pues fíjense que no: la pronunció recientemente Aaron Swartz, un activista estadounidense por el conocimiento libre, de solo 24 años, que acaba de ser encarcelado por haber descargado y puesto a disposición del público 4.8 millones de artículos científicos, de uso supuestamente privado.

¿Zapatista? No nos engañemos: lo más probable es que Swartz no haya oído hablar, en su vida, del General... y a pesar de eso, está impregnado de su espíritu de rebeldía, de su gusto por las reivindicaciones concretas; en definitiva, de su *discursividad*.

Swartz, como Zapata, en su tiempo y en su lugar, cree en unos equilibrios, en un mundo real pero, sobre todo, posible.

De momento, la fiscalía, pide para Swartz 35 años de cárcel y 700 mil dólares de multa. Sale caro ser rebelde, en 1919 y en 2011, pero como rezaba, recientemente, una de las pintadas de los *indignados* españoles en la madrileña Puerta del Sol, solo “sin miedo, habrá futuro”. Y el General, lo habría firmado.

¡Viva Zapata!